

MIGUEL KREISLER: UN RECUERDO PERSONAL

Fernando Díaz de Espada

Servicio de Inmunología. Clínica Puerta de Hierro. Madrid.



*¡ou ti, roxa estreia / que din que comigo
nasciche, poideras / per sempre apagarte,
xa que non pudeche / per sempre alumarme!*

Rosalía de Castro

De la menguada lista de pioneros, Fernando, Jorge, Alfredo, Jordi, Sindo, que en los años setenta impulsaron la Inmunología de nuestro país al primer plano de la actividad científica, quizás fue Miguel quien resumió con mayor entidad las virtudes de aquél grupo y concitó un aprecio general expresado en la brutal sacudida que su inesperado fallecimiento provocó en nuestro pasado Congreso de Inmunología. Su repentina desaparición, "cuando ya verdea la primavera", deja huérfana a toda una generación de inmunólogos españoles y sumidos en la mayor tristeza a quienes le acompañamos en el Servicio de Inmunología de la Clínica Puerta de Hierro que dirigió, en sus primeros años junto a

Alfredo Botello, desde su fundación. Los 25 años transcurridos en su compañía en el quehacer diario me obligan a desahogar en palabras tantas horas compartidas en el afecto y el aprecio.

Con Miguel desaparece mucho más que una figura irrepitible de la Inmunología y su aplicación científica a los trasplantes en nuestro país; desaparece sobre todo una manera infrecuente, elegante y amable, de discutir y enseñar, de animar y compartir. Convertido, a veces sin quererlo, en el hombre bueno de tantas luchas, propias y ajenas, nunca negó su apoyo a las causas justas y su voz reemplazó con frecuencia la de los silenciados o silenciosos por el poder o el abandono. La defensa de la especialización rigurosa por el sistema M.I.R. o de la implantación de una formación adecuada para los técnicos de laboratorio, el apoyo a la financiación pública de la investigación en los hospitales y la defensa de la Sanidad Pública como un servicio solidario frente a la amenaza de criterios economicistas incompatibles con la calidad científica y el compromiso social, me

Correspondencia:

Fernando Díaz de Espada
Servicio de Inmunología
Clínica Puerta de Hierro
28035 Madrid
Tel. 91 316 22 40 ext. 460

vienen a la memoria como ejemplos en los que la activa participación de Miguel dejó impronta de su sentido cívico y compromiso ético. Su frecuente discrepancia con el poder constituido, siempre originada en su alto aprecio por el pensamiento libre, nunca impidió su disposición a buscar vías de encuentro capaces de mejorar la convivencia de todos.

Aunque formado inicialmente, a finales de los años 60, en la entonces incipiente especialidad de Reumatología, su interés por los trasplantes de órganos derivó su atención hacia el campo, entonces todavía más novedoso, de la Inmunología. Su aprendizaje en los laboratorios de Paul Terasaki y Jean Dausset, le permitieron sentar las bases de la organización del Madrid Trasplante, pionera en la organización científica y el aprovechamiento racional de los intercambios de órganos en el trasplante renal. Completó su formación básica con Göran Möller, en época y lugar donde empezaban a soplar los vientos que habían de traer la nueva Inmunología. Nunca dejó que esos vientos lo arrastrasen al tumulto que agitó nuestra especialidad durante más de una década. Su elegante distanciamiento de la pelea surgida de la sinrazón le procuró la admiración callada de muchos y la incompreensión vestida de inquina de los menos. A esta última actitud respondió con bondadosa ironía y, visible para sus próximos, una cierta melancolía. Solamente le resultaron intimamente insoportables, como al príncipe de Dinamarca, *"aquellos a quienes los goznes de la servil rodilla se doblen allí donde el lucro pueda seguir a la lisonja"*. Pero incluso para estos la generosidad fué su única venganza

Aunque quizás Miguel, siempre enemigo de los determinismos, hubiese discrepado, me siento tentado a asociar el fundamento de su infrecuente personalidad con los avatares de su propia historia. En la de Miguel resalta el papel de sus padres, relacionados con la Institución Libre de Enseñanza y refugiados como profesores en el Liceo Francés del represaliado Madrid de la inmediata posguerra, quienes quizás aún pudieron transmitirle aquella formación cívica y laica que fué la base ética de la mejor educación republicana. Ni la brutalidad de la guerra civil logró cortar, y Miguel así lo sentía, el hilo que nos une con lo mejor de nuestra historia. No en vano

su mesa de trabajo estuvo siempre presidida por la Declaración de los Derechos del Hombre, sobre la que había escrito de su puño y letra: *"no he creído nunca que la verdadera libertad del hombre consista en hacer lo que quiere, sino en no hacer jamás lo que no quiere"*. Su sólida formación y su fuerte personalidad le permitieron el lujo de cumplir al pie de la letra el espléndido pensamiento de Rousseau.

Le gustaba además recordar que, entre los afamados banqueros y gobernadores que acompañaron al emperador Carlos V de Alemania en su periplo para convertirse en nuestro Carlos I, viajó también, desde la Bohemia del Sacro Imperio, un músico, llamado Kreisler, que casó con aya madrileña de la Corte e inició la dinastía que llega directamente a Miguel. Y aunque en las últimas ramas del árbol de los Kreisler abundan más las ciencias que las artes, aún pueden verse en sus últimos retoños el amor pausado por la pequeña obra bien hecha, el gusto por la palabra bien dicha, el respeto hacia la opinión ajena que parecen nacer de su remoto pasado centro-europeo. En el camino quizás se apropiaron de los consejos de Polonio a Laertes: *"Presta a todos tu oído, pero a pocos tu voz; oye las censuras de los demás, pero reserva tu juicio; y a los amigos que escojas, sujétalos a tu alma con garfios de acero"*. Con cinta de seda sujetó Miguel a todos los que convivimos con él, y a todos cautivó con pocos pero sólidos recursos: la sonrisa comprensiva, la personalidad con luz propia, la armonía entre la palabra y la acción. Nos deja Miguel una dura, exigente herencia. A María, Ester y Miguel, Paula, Eva y Chavela, les queda la difícil y hermosa tarea de mantener su recuerdo. A todos nosotros, el deber de recordar su lucha y seguir su ejemplo. Que este nos sirva de luz y alivie nuestra pena.

Nota: habiéndose publicado por error el texto incompleto en el número anterior, la dirección de la revista considera oportuna la publicación íntegra de este Obituario solicitado al Dr. Fernando Díaz de Espada.